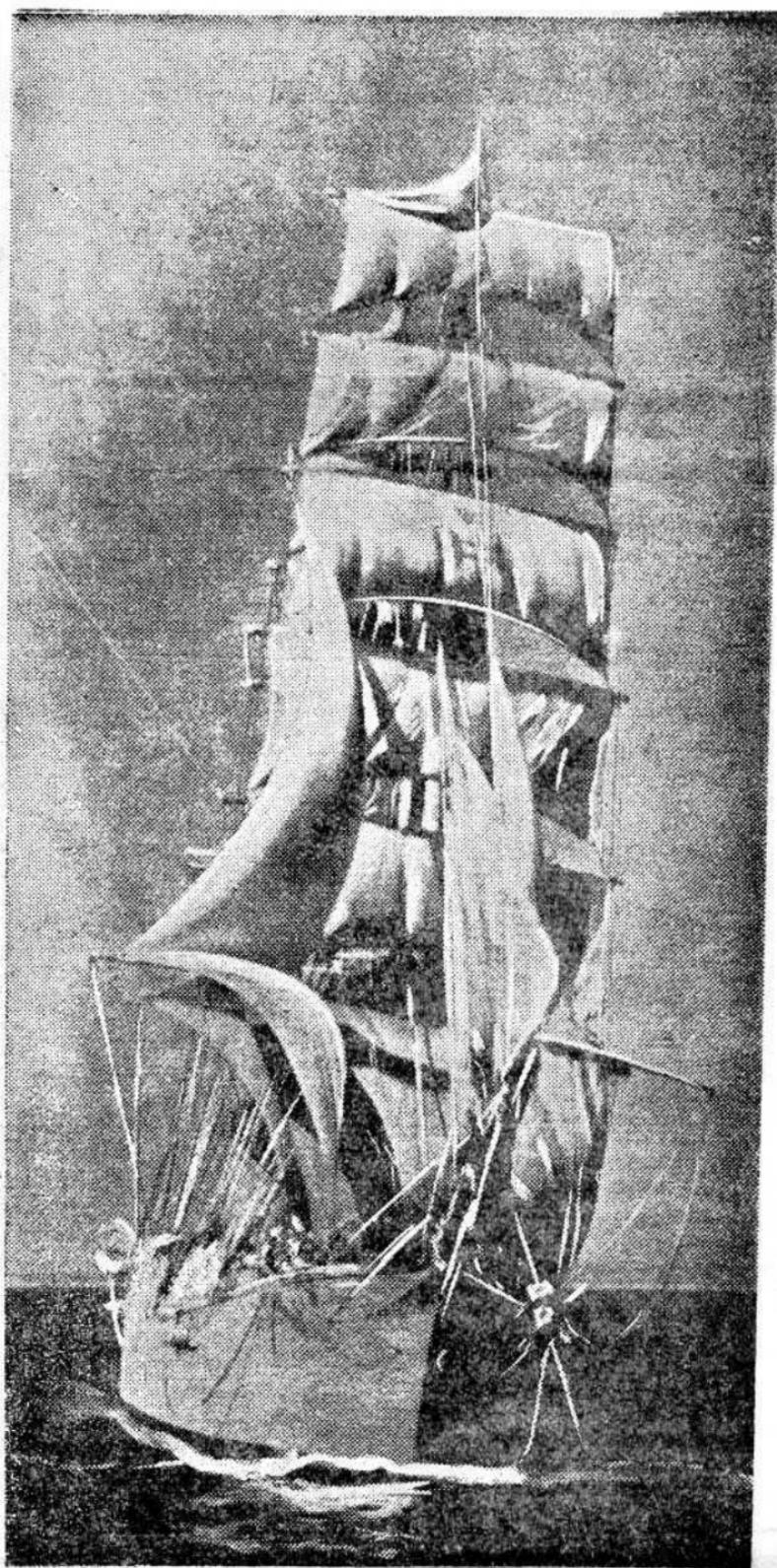


**PEQUENA
CRÓNICA DE
SANTACRUZ**

Por Juan Antonio
Padrón Albornoz

**Hoy, cuando los barcos cantan
con sus banderas**



La mar es siempre veleros, siempre lo fue y siempre lo será aunque ya sean pocos —muy pocos— los que ponen la alegría, blanca, de sus velas sobre la inquieta e infinita lámina azul.

Pero los que restan sobre los océanos sí ponen en los corazones de todos una nostalgia y un pesar pues, no en vano, siempre vimos sus estampas marineras cerca de la «marquesina» que —una vez más— hoy será testigo del embarque de la Virgen del Carmen, la Patrona Celestial de los hombres de la mar, para su anual procesión por las aguas del puerto de Santa Cruz.

Los veleros, todos, llevan en su estela el tono fuerte y valiente de las navegaciones heroicas y, con sus viejos fanales —esos que apenas ya se ven— alumbraron el nacer de toda una nueva época, la del vapor, que también ya se nos va lentamente, muy lentamente, mientras alborea la navegación nuclear.

Hoy, día de la Celestial Patrona de los marineros, recordamos aquellos últimos veleros de la mar tinerfeña, aquellos que, a la sombra del viejo castillo de San Pedro, lanzaban al azul las flechas de sus palos rematados por altos y finos masteleros.

Eran los supervivientes de la antigua flota de «viveros», barcos tripulados por hombres de cara de piel arrugada y seca, hombres en cuyos rostros se reflejaba el bronceado tono del yodo de la mar, la fricción del viento y el tostado del sol de la cercana costa de África, allí donde —en el banco canario-sahariano— llevaban a cabo sus operaciones de pesca.

Eran barcos crujientes que, cuando en los varaderos descansaban de sus veleras singladuras, olían a brea, a cabullería, a madera mojada mientras, al sol poniente, rebrillaban las planchas verdes del cobre que forraba sus fondos.

Eran barcos finos, duraderos, hechos para la mar y que, con sus proas valientes, parecían diseñados para navegar a través de las olas, que no sobre ellas.

Hace aproximadamente un año que murló para la mar el «Progreso», el último «vivero» isleño que, lejos de las olas, hacía años y años que agonizaba penosamente.

Junto a la Avenida de Anaga, poco a poco se fue desnudando de tablazón hasta que, al aire el recio cuadernal, allí se mostró con toda claridad la verdadera artesanía, el verdadero amor que en sus trabajos ponían los viejos carpinteros de ribera, aquellos que transformaban los pinos de nuestros bosques en quillas raudas que, bajo pirámides de velas, iban hacia el Caribe que tentaba con el tintineo de áureos centenes y, de allí, regresaban con el humilde tesoro de sus cargas, sangre de todo el comercio isleño.

Otros, con el toque fino de los «schooners» americanos y canadienses —aquellos que nuestros carpinteros conocieron en aguas de las Antillas y luego plasmaron e injertaron en sus construcciones —iban a la pesca, unos al «salpreso» y otros al «vivero», pero todos con la limosna de la brisa en sus blancas velas.

Eran barcos finos, duraderos, hechos para la mar y que, con sus proas valientes, parecían diseñados para navegar a través de las olas, que no sobre ellas.

‘Hace aproximadamente un año que murí para la mar el «Progreso», el último «vivero» isleño que, lejos de las olas, hacía años y años que agonizaba penosamente.

Junto a la Avenida de Anaga, poco a poco se fue desnudando de tablazón hasta que, al aire el recio cuadernal, allí se mostró con toda claridad la verdadera artesanía, el verdadero amor que en sus trabajos ponían los viejos carpinteros de ribera, aquellos que transformaban los pinos de nuestros bosques en quillas raudas que, bajo pirámides de velas, iban hacia el Caribe que tentaba con el tintineo de áureos centenes y, de allí, regresaban con el humilde tesoro de sus cargas, sangre de todo el comercio isleño.

Otros, con el toque fino de los «schooners» americanos y canadienses —aquellos que nuestros carpinteros conocieron en aguas de las Antillas y luego plasmaron e injertaron en sus construcciones —iban a la pesca, unos al «salpreso» y otros al «vivero», pero todos con la limosna de la brisa en sus blancas velas.

Hoy, cuando la mar se alegra con sus hombres, cuando los barcos cantan con las banderas de las empavesadas, no hay más remedio que recordar a los veleros que ya no son, a los que alegraron nuestros años niños cuando —en sus salidas— daban todo el trapo y, voltejeando, buscaban la bocana del puerto y la mar libre y alta.

En tiempos de calma, un recio bote caletero armaba remos y, a lentas, pausadas paladas, sacaba al velero fuera de puntas. Luego, ya en franquía, con el torrente de aire que bajaba por Tahodio y Valleseco, llenaba sus velas y tomaba la suficiente arrancada como para arrumbar mar afuera, lejos del redoso y abrigo de la costa

Y allá iban, envueltos en la brisa, con la proa valiente y tendida como una flecha hacia la mar que, desde los confines del horizonte lejano, le llegaba con su mensaje de olas empenachadas.

Hoy los veleros están en el remanso de nuestros recuerdos. Pero, como siempre, nos vienen a la mente con su cortejo de blancas gaviotas que palpitaban en el aire dormido de las tardes serenas y llenas de paz y sosiego.

Años ha, cuando la tarde moría, cuando la noche mataba colores, en las goletas de nombres sonoros —«El Africano», «Bella Lucía», «Joven San Blás», «Carlota», etc. —había como impresiones de mares y tierras lejanas, de sensaciones de lluvias y vientos, de fiestas y tragedias, de calmas sosegadas y asfixiantes, de —en fin— días de intensa y cambiante vida.

Hoy los veleros han desaparecido de la mar.

Hoy los veleros están en los remansos de nuestros recuerdos y, también, en nuestro añorar, en nuestras nostalgias.

Cuando la Virgen marinera haga hoy su tradicional paseo por las aguas remansadas y tranquilas —aguas domesticadas,

(Pasa a la página siguiente)